

Un ciego lloraba un día, porque un espejo quería

Domingo 21 ordinario 2013 25 de agosto C

Me he puesto a pensar qué título podrían portar los católicos en su propia pancarta en medio de una multitud: "soy cristiano porque mis papás me lo impusieron", "soy cristiano porque fui bautizado de chiquito", "mis papás se empeñaron en darme lo que ellos pensaron que era lo más importante para mí", "yo he escogido el camino de Cristo, aunque no sea el más fácil de seguir". Pero también me he puesto a pensar cómo podremos llamarnos cristianos y seguidores de Cristo con actitudes como las siguientes: "el comerciante que se persigna con la primera moneda o el primer billete que recibe en su negocio, pero luego no tiene empacho en no dar los kilos completos o los litros correctos, trátese de leche, de jugo de naranja o de gasolina", "un creyente que se persigna al subirse al coche y luego se pasa los altos o no respeta los límites de velocidad, o le mienta la madre al agente de tránsito porque lo ha multado porque además no traía puesto el cinturón de seguridad", "un médico que tiene un crucifijo en su consultorio, que pide análisis costosos a su paciente, y luego decreta operación quirúrgica, innecesaria a sabiendas, porque necesita a toda costa estrenar coche", "la dama se sociedad que va a la reunión de caridad, donde hacen esfuerzos por conseguir financiamiento, llevando una finísima cruz de oro colgada al cuello", finalmente, "un alumno de secundaria que se propuso desde el principio del curso ser el mejor amigo del maestro, y por eso lo acompañaba todos los días desde su llegada, hasta dejarlo poniendo su portafolio en el escritorio, y lo acompañaba también hasta dejarlo en el coche, además, era amigo de la bibliotecaria, e incluso del director de los laboratorios de química, pero lo que no hacía Fortunato, era hacerse amigo de los libros y del estudio, de los momentos de silencio y de las tareas en casa. El resultado fue que al momento del examen, el maestro que era sumamente leal, respetuoso y justo, a pesar de la amistad del alumno, tuvo que poner calificación negativa".

Todos estos casos van encaminados a intentar explicar lo que es tan claro en las palabras de Cristo cuando le preguntaron sobre el número de los que consiguen la salvación. Una pregunta que tenía su importancia teórica, porque los rabinos decían que los únicos hombres que conseguían la salvación eran los judíos y que salvo casos verdaderamente excepcionales, todos los judíos conseguían ser salvados, simple y sencillamente por ser del pueblo elegido y por ser descendientes de Abraham. Y parecería que los católicos estamos llamados a pensar de una manera semejante. Sólo los católicos se salvan. ¿Y qué respondió Cristo? Como en otras ocasiones, no responde directamente sino que hace pensar a sus oyentes. No le interesa la curiosidad teórica sino que lleva a sus oyentes a preguntarse con

sabiduría sobre el cómo de la salvación, no cuántos consiguen la salvación, sino cómo hacer para entrar en el mundo de los salvados. Y en este sentido, sí señala Cristo que para entrar entonces en el banquete, así era considerado el reino de los cielos, es necesario entrar por la puerta estrecha, o sea que hay necesidad de un esfuerzo, de una actitud, de un compromiso, de un camino y de una perseverancia, considerando que al fin y al cabo, el que cerrará o abrirá la puerta será el Señor, ante la actitud de cada creyente, y no tanto por ser de un color o de otro, de una condición social o de otra, de una fe o de otra, sino en la fe del único Hijo de Dios, Jesucristo.

La palabra de Cristo se mueve entonces entre los dos extremos o entre las dos caras de la moneda, por una parte no quiere espantar a los malos pensando que serán condenados como uno achicharra a las hormigas cuando les arrimas un tizón ardiente, pues cada uno es responsable de su propio destino, y si llega el verdadero arrepentimiento, llega también la salvación. Pero el otro extremo, será cuando se pretende vivir en la tranquilidad y en la disipación simplemente, sin hacer ningún esfuerzo, simplemente por ser creyente, pertenecer al grupo de la renovación en la parroquia, traer un escapulario al cuello, la medalla milagrosa y además la de San Benito. Se necesita algo más que eso, si hemos de escuchar y de seguir a Cristo: "Esfuércense por entrar por la puerta estrecha, que es angosta, pues yo les aseguro que muchos tratarán de entrar y no podrán. Cuando el dueño de la casa se levante de la mesa y cierra la puerta, ustedes se quedarán afuera y se pondrán a tocar a la puerta diciendo: "Señor, ábrenos", pero él les responderá: "no sé quiénes son ustedes"

Está dicho, pues, que tenemos todos los medios de salvación a nuestro alcance y terminamos con la palabra esperanzadora de Isaías: "yo vendré para reunir a todas las naciones de toda lengua, vendrán y verán mi gloria". Es Jesucristo y la gloria y la paz del Buen Padre Dios que nos llama a su presencia.

El Padre Alberto Ramírez Mozqueda espera sus comentarios en alberami@prodigy.net.mx